







WHAT IF...

**¿Y SI WANDA MAXIMOFF Y PETER PARKER
FUERAN HERMANOS?**



MARVEL

WHAT IF...

**¿Y SI WANDA MAXIMOFF
Y PETER PARKER FUERAN
HERMANOS?**



SEANAN MCGUIRE

**CROSS
BOOKS**

Marvel: What If...
¿Y si Wanda Maximoff y Peter Parker fueran hermanos?
es un trabajo de ficción. Nombres, lugares e incidentes
son producto de la imaginación de la autora o se
utilizan ficticiamente. Cualquier similitud a eventos,
lugares o personas vivas o muertas es
completamente coincidencia.



© 2025 MARVEL
Título original: *What if Wanda Maximoff
and Peter Parker were siblings?*

Textos: Seanan McGuire
Traducción: Rocío Abarzúa
Diseño: Edwin A. Vásquez
Créditos de portada: Cassie Gonzales and Jeff Langevin
Arte de portada: Jeff Langevin
Fotografía de la autora: Beckett Gladney
Adaptación de esta edición: Diseño Planeta Chile

Derechos reservados
© 2025, Editorial Planeta Chilena, S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, piso 8
Providencia, Santiago de Chile
www.planetadelibros.cl
Primera edición: mayo de 2025
ISBN: 978-956-6419-04-4

No se permite la reproducción total o parcial
de este libro ni su incorporación a un sistema
informático, ni su transmisión en cualquier forma
o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico,
por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el
permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de los derechos mencionados puede ser
constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Impreso y hecho en Chile - *Printed and made in Chile*

*Para Hilary.
Te veo en el campo.*

LA ESCENA DEL CRIMEN

WANDA ES SENSIBLE A LOS SONIDOS, SIEMPRE LO HA SIDO. ESTO CAUSÓ

muchos problemas cuando ella y Peter eran pequeños —él masticaba con la boca abierta a propósito para asquearla, o intentaba escabullirse en la litera de arriba en medio de la noche, olvidando que el crujido de la escalera la despertaba cada vez que lo hacía. Los ruidos predecibles pueden desvanecerse en el ambiente, pueden convertirse en parte de la canción diaria de la ciudad de Nueva York, pero los sonidos nuevos se destacan, sin importar cuán silenciosos sean.

El sonido de la sangre corriendo por el brazo de un hombre hacia su mano, luego más abajo hacia la punta de sus dedos, acumulándose en gotas pesadas antes de caer, *tic, tic, tic*, para unirse al charco formándose a su alrededor, ese es un sonido nuevo.

Wanda Parker ha visto gente muerta antes —vio gente muerta antes de lo que puede recordar. Vio a sus padres biológicos morir cuando era demasiado joven como para siquiera saber su propio nombre, vio a su tío Ben morir cuando era demasiado mayor para poder sacarse alguna vez de la cabeza la imagen final de sus ojos abiertos, vio a Gwen Stacy morir cuando el mundo se cayó a pedazos y todo cambió para siempre —pero nunca ha oído este sonido. Este es el sonido de todo lo que puede salir mal. Este es el sonido del futuro, *su* futuro, colapsando.

Este es el sonido de la historia del Capitán América estrellándose en su fin.

No lo ha tocado desde que llegó a la mansión, y definitivamente no desde que entró a la habitación para encontrar su cuer-

po desparramado en el sitial de cuero, donde claramente había estado esperando su llegada. No parece haber tenido tiempo de luchar para defenderse; no hay heridas defensivas en sus manos, y su escudo aún está apoyado en el costado de la silla, intacto de cualquier trazo de huellas sangrientas. Eso habría sido inevitable si hubiera podido, al menos, alcanzarlo. Pero está limpio, a diferencia de sus manos. A diferencia del suelo. A diferencia de la parte frontal de su uniforme, que está empapada en sangre, secándose a diferentes velocidades, por lo que su pecho se ve como un rompecabezas de café, burdeo y rojo muy brillante. Nunca ha pensado realmente cuánto esos colores se asemejan a su propio traje. Quizás debería haber considerado eso antes de vestirse para coincidir con su hermano. Quizás debería haberse tomado más tiempo para *pensar*.

Él no tuvo tiempo. Quienquiera que lo haya atacado fue rápido y sabía lo suficiente para conocer el lugar exacto donde encontrar al primer Avenger de Estados Unidos y atravesar su piel sobrenaturalmente resiliente. Su garganta es una ruina, una masa de piel desmenuzada que parece más carne molida que algo que debiera ser parte de una persona. Es horrible. Es la peor cosa que ha visto en su vida, de alguna manera incluso peor que tío Ben, incluso peor que Gwen tirada al pie del puente de Brooklyn, doblada y rota. Al menos cuando esos horrores ocurrieron, no había estado sola.

Está sola ahora. En toda su vida, nunca se había sentido tan sola.

Los únicos sonidos que hay son el viento afuera de la ventana abierta, su propia respiración entrecortada y la caída constante de sangre al suelo. Debería llamar a alguien. Debería llamar a alguien *ahora mismo*, antes de que este momento congelado pase y alguien la encuentre sola con el cuerpo frío del hombre que puede perfectamente ser —ha sido— el Héroe más grande del mundo.

Necesita moverse. Pero antes de que pueda, hay un nuevo sonido.

Una llave está girando en una cerradura.

Encontró el cuerpo del Capitán América en la sala del Edificio de los Avengers. Allí es donde estaba cuando ella llegó para su encuentro uno a uno, la puerta entreabierta y sin seguro, burlescamente invitándola a entrar. Había estado tan emocionada, tan esperanzada, y eso ya se siente como otra vida, otra versión de sí misma. Esa chica esperanzada es la segunda víctima de esta escena horrorosa, ahora tan muerta como el propio Capitán América.

Su invitación indicaba que Jarvis la llevaría hacia el Capitán América cuando llegara, pero nadie había venido a recibirla cuando tocó el timbre, y un empujón suave contra la puerta destrabada la había hecho abrirse fácilmente. No había querido hacer esperar al Capitán América, así que entró sola, automáticamente cerrando y asegurando la puerta a sus espaldas, un hábito nacido de los miles de sermones que tía May le había dado sobre responsabilidad y seguridad del hogar. Ahora mismo, quiere agradecer a tía May más que a nada. Sin esos sermones, no habría tenido la advertencia de una fracción de segundo que acaba de recibir. Ahora es cuando debería correr.

Todavía no logra moverse y, mientras lo que percibe como todo el resto de los Avengers se amontona en el umbral a sus espaldas, sabe lo mal que se ve esto. Sabe exactamente lo que parece y la prensa los ha crucificado a ella y a su hermano tantas veces por cosas que no se veían ni la mitad de mal que esto que apenas logra respirar. Sus manos están limpias, pero eso no va a importar: sus guantes no mostrarían la sangre.

Jewel, se acuerda cuando su nombre era Jessica, cuando era esa chica tímida sentada al fondo de la clase de Español, sin hacer contacto visual con nadie, y ahora, qué no daría Wanda por ver a esa chica otra vez —es la primera en recuperarse del *shock*, la primera en buscar la mirada de Wanda y susurrar la

palabra que es la que en ese momento teme más que cualquiera en el mundo:

—Asesina —dice Jewel, y es la cosa más ruidosa que Wanda ha oído jamás.

Los otros Avengers avanzan más allá de su compañera, llevando la habitación, rodeando a una aterrorizada Wanda, y ella no piensa, solo reacciona: no duda mientras se acerca a la luz que se derrama y llena e ilumina el mundo, el caos que canta en sus venas como una canción de cuna de su antiguo país, la voz largamente olvidada de su madre biológica llamándola a través del vacío. Llena sus manos con rojo, rojo, rojo, como sangre, como caos, como libertad, y lo envuelve a su alrededor, una chica aterrorizada envuelta en un capullo rojo, y como Dorothy desapareciendo de Oz en la luz resplandeciente de dos zapatos robados, se ha ido, dejando a los Avengers parpadeando entre imágenes, fantasmas encarnados que no cambian nada de esta situación brutal.

El Capitán América había querido darle una oportunidad a la Bruja Escarlata para probar que no era una villana después de todo, y ahora está muerto y ella ha escapado de la escena del crimen.

—Tenemos que encontrarla —dice Hawkeye en una voz severa—. Tiene que pagar por esto.

Nadie se muestra en desacuerdo.



EN ALGÚN LUGAR FUERA DE LA REALIDAD DE WANDA, PERO profundamente dentro de ella al mismo tiempo, en un universo que existe entre palabra y definición, donde todo el entendimiento nace, una mujer está de pie observando un espejo que es también una ventana pues se recorta de la frenética actividad en el Edifi-

cio de los Avengers hacia Wanda, que está ahora cayendo a través del vacío infinito de luz roja. Observar a Wanda mientras se mueve a través del caos requiere engañar al espejo para que apile universos dentro de universos, una cadena fractal de realidades posibles que es su propia forma de caos. No puede hacerlo por mucho tiempo, pero se siente importante mantener un ojo en esta Wanda, especialmente dado que su espejo buscó a la joven heroína por su propia cuenta. Esta es una Wanda al inicio de su carrera heroica, en sus tempranos veinte, y todavía intocada de algunas maneras fundacionales. Esta es la edad en que Wanda casi se unió a los Avengers, universo tras universo, mundo tras mundo.

Probablemente no esta vez.

Nuestra extraña Observadora vio toda la escena mientras se desarrollaba, vio a quien sostuvo el cuchillo, vio al Capitán América morir, jadeando por aire mientras su propia sangre bloqueaba su garganta. Es la única en todo el cosmos que entiende toda la situación.

Y es la única que no puede hacer nada al respecto. Una lágrima solitaria baja por su mejilla mientras América Chávez se esfuerza a mantener sus ojos en la ventana. Tiene un deber que cumplir, después de todo.

Tiene que observar qué pasa.



LA CAÍDA ES CORTA; LA CAÍDA ES ETERNA. WANDA CAE A TRAVÉS DEL espacio en cuestión de segundos y en cuestión de años al mismo tiempo: un portal de bordes rojos se abre unos dos metros por encima del piso de mármol del vestíbulo del Sanctum Sanctorum y cae desde él, aterrizando sobre su estómago lo suficientemente fuerte como para perder el aire. Se golpea el codo al mismo tiempo y parece ridículo que algo tan pequeño

le cause un dolor tan intenso, especialmente en este momento, pero lo hace; se acurruca en el piso, abrazando su codo contra el pecho, y agradece el dolor, porque desbloquea un duro nudo de pánico detrás de sus pulmones por el tiempo suficiente que le permite tomar un respiro largo, jadeante, y empezar a llorar.

Es un sonido terrible, primitivo, el quejido de un animal lo suficientemente inteligente para entender que ha sido atrapado de tal manera que no puede escapar, y que por mucho que duela oírlo, el hacerlo le duele aún más a Wanda. El Doctor Stephen Strange, que ha estado esperando ese sonido —o algo similar— durante la última hora suelta el libro que estaba fingiendo leer y sale disparado de su oficina, su capa ondeando tras él mientras corre la corta distancia hacia el vestíbulo.

Podría teletransportarse. Podría abrir un portal de tránsito con mucha más facilidad y habilidad que Wanda —a diferencia de ella, él sabe lo que está haciendo, no es un estudiante de las etapas fundacionales de su educación, y cuando hiciera el viaje, el tiempo dentro y fuera del portal serían precisamente tan largos como él quisiera. Pero ahora mismo, quiere darle una oportunidad para recuperar el aliento casi tanto como quiere acercarse a ella. La conoce demasiado bien como para pensar que ha vivido la experiencia de la hora completa entre la llamada que le dijo que era una fugitiva y el presente momento. Para ella, los terribles eventos de la tarde, fueran lo que fueran, pueden haber ocurrido solo hace un momento.

Aun así, corre. Aun así, no la quiere hacer esperar. Se lanza contra la puerta entre ellos, abriéndola con fuerza, y es recompensado con la visión de Wanda Parker de veintidós años, claramente asustadísima, vestida en ese disfraz ridículo que llama “uniforme de Súper Héroe”, acurrucada y llorando como si su corazón estuviera fatalmente roto. Entra en la habitación y ese ruido capta su atención como la puerta cerrándose de golpe no lo hizo; se levanta y se sienta derecha, levantando ambas manos

con los dedos rígidos en amenaza. Incluso en su terror, su forma es impecable, y se siente oscuramente orgulloso de ella por eso; le tomó meses de entrenamiento aprender cómo sostener sus muñecas con la cantidad precisa de tensión necesaria para asegurarse de poder trazar el movimiento que fuera necesario para completar el hechizo deseado.

No es que la mayoría de los hechizos se comportaran como uno quisiera cuando Wanda los lanzaba. Tiene un verdadero don para las consecuencias no deseadas.

Ya no está haciendo ese sonido terrible, pero está respirando en inhalaciones y exhalaciones fuertes, cortas, bruscas, que sueñan casi como un jadeo, y sus ojos brillan con miedo. Chispas rojas se derraman de las puntas de sus dedos, el caos del que es heredera amenazando salir antes de que ella pueda llamarlo. Eso, tanto como cualquier otra cosa, tomó su decisión por él: Doctor Strange levanta sus propias manos, palmas hacia ella en un gesto ritual que no necesita magia para usarse, ni entrenamiento para comprender.

—Está todo bien, Wanda —dice, y su voz es dulce, su voz es amable, su voz es exactamente lo que ella necesita oír en ese momento.

—Sé lo que pasó. Sé que no fue tu culpa.

Se mueve hacia ella y se siente satisfecho cuando ella baja las manos, aunque el miedo no abandona sus ojos.

—¿Cuánto tiempo estuve fuera esta vez?

—Si me contactaron de inmediato después de tu desaparición, poco más de una hora —dice Doctor Strange. —Creo que así fue, si eso ayuda en algo. El Caballero Negro sabía que ibas a estar allí hoy. Estaba esperando darte la bienvenida al equipo. Me contactó tan pronto como pudo. Como digo, sé qué es lo que ocurrió.

De todos los Avengers, Wanda es más cercana al Caballero Negro. Strange le ha confiado patrullar con ella en ocasiones

y nunca ha mostrado ser nada además de justo y razonable. Se relaja un poco y una chispa de desafío se ilumina en sus ojos.

—Yo no lo maté.

—Sé que no lo hiciste. Eres capaz de muchas cosas, Wanda, algunas más peligrosas que otras, pero no creo que seas capaz de asesinar.

Wanda se pone de pie y se apresura a sus brazos, temblando. Parece mucho más joven en ese momento, como si el miedo por sí solo hubiera sido suficiente para reducirla a la chica adolescente que conoció hace lo que parece una vida atrás. Doctor Strange no es de abrazar, pero envuelve sus brazos a su alrededor, dándole el consuelo que tan clara y desesperadamente necesita.

Tras varios minutos, ella se aleja, secándose los ojos con una mano.

—Los Avengers me vieron —dice, su voz pequeña, como si estuviera haciendo una confesión.

—Estoy consciente. Como dije, me llamaron.

—No... No sabía... Deben haber pensado que yo lo hice.

—Sí.

La admisión es breve, una sola palabra, una sola sílaba, y, sin embargo, se sostiene entre ellos como una maldición, la magia más maligna que jamás se haya pronunciado. Wanda retrocede, con expresión de *shock* y traición, y Doctor Strange se acerca para tocar sus hombros.

—Respira, Wanda —le dice—. Tienes que respirar. La mayoría de los Avengers piensan que tú hiciste esto. Dane no lo cree. Yo sé que no lo hiciste. Pero escapar de la escena cuando te encontraron no se ve bien. Vamos a tener que trabajar duro para convencerlos de que esto no fue tu obra.

—Estaba asustada —admite—. La forma en que me estaban mirando... No sabía lo que iban a hacer. Y yo no... —Mueve sus manos con frustración—. No quería hacer lo incorrecto. Todavía no puedo controlarlo del todo. Ocurre cuando estoy muy

asustada y muy paralizada. ¿Puedes decirles? ¿Puedes explicarles que no me escapé a propósito?

—Por todo lo que va a servir, lo voy a intentar —promete.

Alguien golpea la puerta del Santuario y el sonido hace eco a través de la cámara. Wanda retrocede, su respiración comenzando a acelerarse, y levanta sus manos en un gesto defensivo. Doctor Strange suspira. No quiere tener que llamarle la atención, no cuando tiene tantas razones para estar molesta, pero quiere que comience a pensar. Necesita analizar, no meramente reaccionar.

—Wanda —dice, su voz baja y controlada—. Wanda, mírame.

Lo mira y sus pupilas están bañadas en rojo. Nunca es un buen signo.

—Quienquiera hizo esto, no quiere hacerte daño.

—¿Cómo lo...?

—Si alguien que quisiera herirte se hubiera acercado lo más mínimo a la puerta, los guardias me hubieran notificado de manera inmediata, tal como lo harían si alguien que quisiera herirme a *mí* se acercara. Eres mi aprendiz. Perteneces a este lugar. Los guardias lo saben y van a protegerte. Tú *sabes* esto, Wanda. Este es tu hogar. Tienes que respirar.

Wanda inhala profundo, la luz roja parpadeando y dejando sus ojos.

—Lo sé. Sé lo que estás diciendo. Lo... Lo siento. Es solo que ha sido un día muy difícil.

—Por eso es que todavía eres una aprendiz, Wanda. Los aprendices tienen el lujo de entrar en pánico. Yo no. Ahora quédate aquí y sigue respirando hasta que vuelva.

Le duele alejarse de ella, dejarla sola, pero lo hace de todas formas, moviéndose hacia la puerta. Ella retrocede hacia la parte trasera del vestíbulo y él se siente orgulloso de que tenga tanto sentido; quienquiera que esté aquí tal vez no quiera hacerle daño, pero eso no quiere decir que le desee el bien. Solo cuando entra

al estrecho guardarropía entre el vestíbulo y la sala de estar, él prosigue su ruta hacia la puerta y la abre, revelando un joven engañosamente frágil de aproximadamente la edad de Wanda.

Como ella, usa un ridículo traje de Halloween en vez de ropa sensata, y también parece haber retrocedido en la última hora, reducido a un adolescente una vez más por el miedo y una lealtad aterrorizada. Está todo en la forma en que se sostiene. Su cara está tapada por una máscara roja, bordada con un patrón de tela de araña negra que ha establecido como propio.

—¿Está aquí? —demanda, y probablemente está intentando sonar autoritario y oficial, como alguien cuyas preguntas obtienen respuestas. La forma en que su voz tiembla lo traiciona. Suena asustado, pequeño, y Doctor Strange frunce el ceño.

—No hizo aquello de lo que la acusan —dice—. Si vienes a llevarla ante la justicia, ella ya vive allí.

—Lo sé —dice Spider-Man.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Es mi *hermana*, maldita sea, tengo un derecho a... por favor. ¿Está aquí? ¿Está Wanda aquí?

Doctor Strange no dice nada, solo lo observa y mantiene su silencio.



DEL OTRO LADO DE LA VENTANA CÓSMICA, AMÉRICA CHÁVEZ HACE

una mueca de dolor ante la escena desarrollándose frente a ella, el pánico en la voz del lanzador de telarañas y el frío desdén en la del hechicero. Ambos están tratando de proteger a la versión de Wanda de su mundo, pero están tomando enfoques tan distintos en el proceso que no está segura de que alguna vez puedan encontrarse en el centro.

Y el centro es donde Wanda necesita que estén, porque cada versión de la mujer que América ha visto a través del multiverso

ha sido rodeada por muerte, sí, pero también por vida. Siendo Maximoff o Frank o Parker —o, en algunas pocas realidades particularmente desagradables, Wyndham—, cada Wanda camina en un aura de tanta vida como caos. Donde caen sus pies, el mundo florece.

Y América no puede ayudarla.

Aprieta sus manos en puños, mirando hacia la cámara de cristal, alguna vez su paraíso, ahora su prisión. No puede hacer nada para cambiar lo que va a suceder, porque si lo hace, si interviene nuevamente...

El riesgo es algo que no puede permitirse, así que todo lo que puede hacer es observar.

—Por eso el nombre —dice desoladamente, y mira hacia otro lado, observando otra ventana. Esta está abierta en la misma realidad, la misma línea temporal, pero en un punto anterior. Ella no estaba aquí cuando esta historia empezó, no se unió a ella hasta que su espejo se dirigió hacia ella como si fuera la única narrativa esencial en existencia. Necesita entender por qué pasó esto. ¿Por qué *esta* versión de Wanda, por qué *esta* realidad? ¿Qué la hace la única persona que América debe observar?

—Nuestra historia comienza... —dice, para nadie más que sí misma, y el eco de sus palabras es el soplo del viento latveriano apresurándose entre los árboles...

